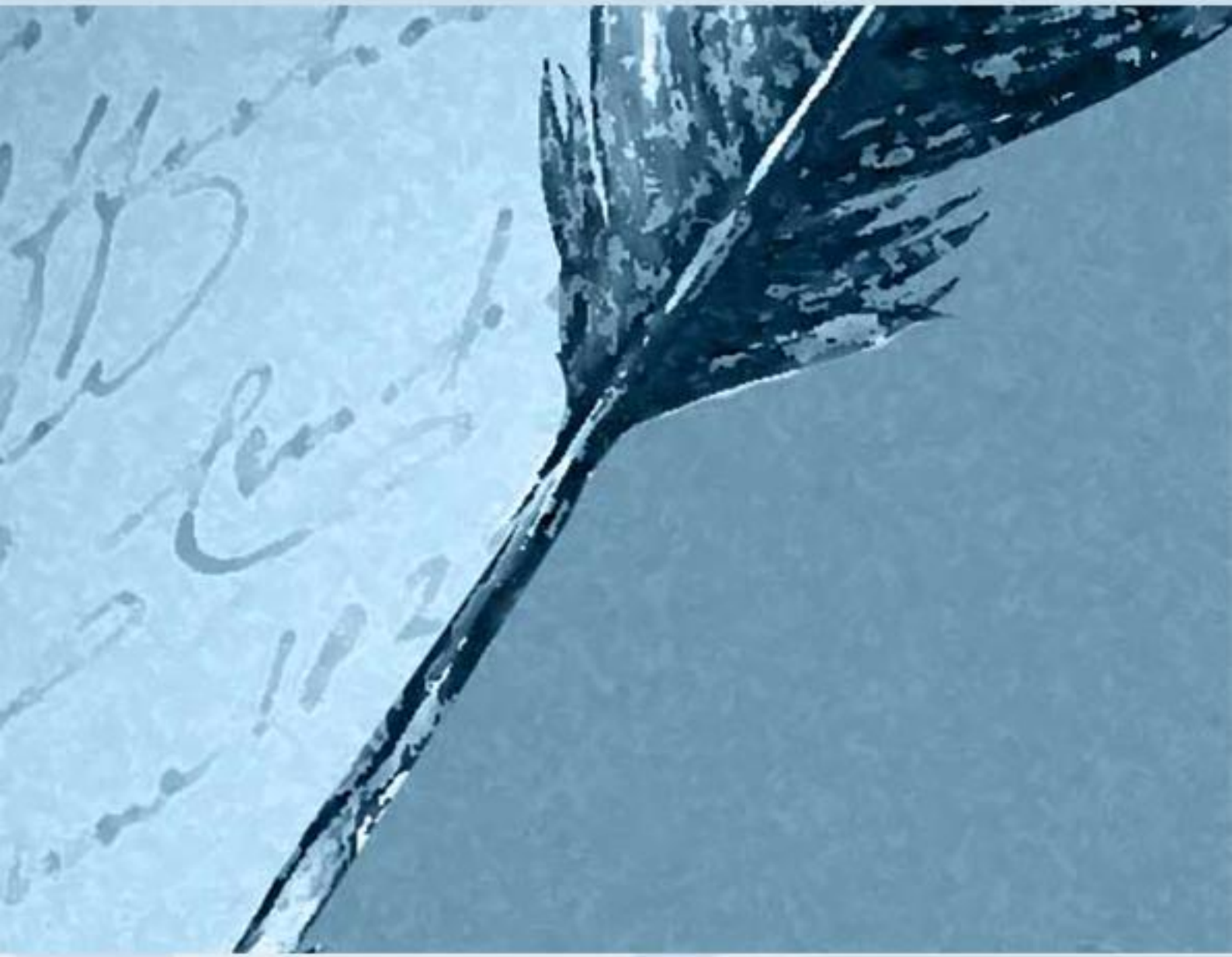
Sánchez Rosillo, Eloy

ANTOLOGÍA POÉTICA



BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES
www.cervantesvirtual.com

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Alicante, 2023

Antología poética

de

Eloy Sánchez Rosillo

ÍNDICE

Maneras de estar solo

El poeta
La muerte del silencio
Todo lo que ha perdido
Tarde de junio
La casa
La canción

Páginas de un diario

La acacia
La amistad
La casa vacía
Los pinares de Potsdam
Retrato del poeta adolescente
La espera

Elegías

La inspiración
Aviso de caminantes
A lo lejos
Las nogueras
Diciembre
Un sueño
Nel mezzo del cammin
La música
Luna llena

Autorretratos

Confidencias
Celebración
La playa
Madrigal
Escrito en un mal día
Ubi sunt

La vida

Recanati, agosto de 1829
Volver
En mitad de la noche
Melancolía
Despedida
Principio y fin

La certeza

Luz que nunca se extingue
Acerca del jilguero
Así
Luna
Lejos
El secreto
La certeza

Oír la luz

Madre
Para que tú las oigas
La escondida fuente
Invierno
Correspondencias
Entonces
Una verdad
El mirlo
Irreparablemente

Sueño del origen

Sucede que allí estoy
Ranas
Bajo el árbol
Con un gran trecho del camino andado
Entra marzo
Balada de un vivo recuerdo
Haber vivido

Antes del nombre

Perplejidad
Hilo de oro
En el árbol del tiempo
Luci
La tormenta y Patroclo
Leyenda
En lo oscuro

Quién lo diría

Un vaso de agua
La cosecha
Aquellos años
Insistencias
Inoportunamente
Sin hacerse notar
El invierno
La llovizna
Crónica

La rama verde

Luna de cuándo y dónde
Date prisa
Cartas de Ultramar
Hablo aquí del comienzo
La llama
Olor a junio
Reencuentro
Dejo la puerta abierta

Maneras de estar solo

(1978)

El poeta

Siempre te he visto así, con esa firme
aceptación constante de la noche.
Sobre tu gesto el tiempo deposita
la pátina indudable de la estirpe
que te eligió y dio nombre a la costumbre
de caminar tan solo entre los hombres.
La ceniza sagrada de otros cuerpos
acumula en tu voz sus viejos cantos,
su manojo de huesos y palabras.
Te han señalado a ti porque adivinan
que eres la rama verde, el aire nuevo
en el que se prolongan sus afanes:
a tu modo dirás lo que aprendiste
en la frecuentación de unas presencias
que nunca se apagaron ni se fueron.
Saben cómo te alcanzan esas sombras
que te imponen su amor, su deterioro.
Tu destino es buscar lo que se esconde
tras la espesa corteza de los días,
evitar que te escuchen los oídos
que alimentan su paz en la dorada
seguridad del pan y los metales.
Habitarás la tierra de tu culpa,
la casa amarga de la soledad.
Pero en tu pecho brillará una herida
y en tu dolor palpitarán los astros.

La muerte del silencio

Como alguien que después de un largo tiempo de oscuridad
descubre tras el rostro de la noche
el milagro del alba,
halló el adolescente en un momento de su vida
un tesoro nimbado de misteriosos brillos:
era la muerte del silencio. Y el muchacho
penetró en el umbral de la poesía
con paso decidido y fervor en su pecho:
allí estaba la luz de la palabra,
el extraño fulgor de cada hora,
la ignorada expresión de la belleza
en el regazo de lo conocido.

Un día, con un libro bajo el brazo,
anduvo por las calles soñolientas y tibias
de una ciudad del sur, de su ciudad.
Se sentó al fin en una plaza silenciosa
y vio cómo las manos del sol acariciaban
el oscuro verdor de los magnolios
con más amor que en otras primaveras.

Abrió entonces el libro. Y solo dos palabras
en su portada halló: Teócrito, *Idilios*.
Y el pastor siciliano se aproximó al muchacho
y comenzó a contarle historias tan hermosas
como frutas silvestres o el canto de un jilguero.
Con voz muy dulce le hablaba largamente
de los amores mitológicos, insondables y simples.
Y cuando sus palabras se apagaron,
una flauta afligida se despertó a lo lejos.
La luz mediterránea descansaba
en la plata apacible del olivo,
las cigarras cantaban en la sombra,
cerca del mar crecían las adelfas.

Todo lo que ha perdido

Hace ya tanto tiempo de todo aquello, que apenas
si le es posible al hombre recuperar algún vestigio
del fulgor en que ardieron los años de la inocente plenitud:
años que transcurrían lentamente
en la inicial claridad de un mundo al que se abrían
confiados sus ojos.

A veces puede ver a un niño solitario
que mira cómo acuden los pájaros del atardecer a la arboleda
en la que cada día tienen lugar sus juegos.
Otras veces regresan las imágenes del adolescente
que, encerrado en su cuarto, toma un libro en las manos
o escribe en un cuaderno arrebatadamente
y se siente por esto distinto de los otros.

Pero todo es confuso. Y el hombre que hoy con emoción recuerda
lo que no le fue dado retener, todo lo que ha perdido,
sabe el dolor que cuesta volver a los lugares del pasado,
y sabe que es inútil intentar revivir en el poema
una sonrisa, un nombre, unas palabras dichas
en una mañana lejanísima, en una tarde irrecobrable.

Tarde de junio

Ahora, juntos, vivimos la hermosura
de esta tarde de junio,
el fulgor de las horas en que nos entregamos
al conocimiento de la verdad del amor,
a la gran llamarada del encuentro.
Ahora sabemos que toda la alegría
cabe en el mundo breve de esta habitación,
en el espacio ardiente y misterioso
de la cama deshecha.
La luz cansada del atardecer
dibuja sobre el tiempo islas doradas.
En un rincón del cuarto
brilla la enredadera de la música.
Un viento súbito sacude nuestros cuerpos,
y lo olvidamos todo.
Después regresan las miradas lentas,
tanta complicidad, ciertas sonrisas.
Y luego contemplamos en silencio
con qué dulzura va cayendo la noche
sobre la indiferente ciudad que nos rodea.

La casa

Yo sé que sigue allí. Si la memoria
se acerca sin querer a las riberas
de aquel tiempo que late en el silencio
de los días perdidos, se levanta
otra vez en mi pecho este dolor,
la profunda caricia del incendio
que cantaba en el centro de un verano
vibrante, de unos meses extendidos
sobre la tierra aquella, tan lejana.

Heridas de la luz, caminos lentos
por los que anduvo un cuerpo, una alegría,
un temor que creció bajo los ojos
de las noches más hondas.

Ahora vuelvo
a la casa de entonces. Allí siguen
los objetos que oyeron el sonido
de nuestra intimidad en la penumbra
de una destartalada habitación.

Junto al muro manchado por los signos
turbios de la humedad y el deterioro,
la blancura marchita de la cama
en que ardiera la vida; y en el suelo
—como ceniza triste—, los minutos
que se fueron cayendo de tus manos.

Afuera sigue el sol, y el árbol solo
anclado en el calor del mediodía.

La canción

La luz de la tarde iba pasando
por las páginas de un libro, por la piel
de unas manos cansadas.
A lo lejos se oyó una canción entonces:
hablaba de unos ojos, de un amor, del recuerdo
de antiguas alegrías, de un verano.

Cerró el libro en silencio quien a solas leía,
y anduvo por las calles del atardecer.
Cuando llegó la noche, lentamente,
regresó junto al libro.
Se engañaba
pensando que ya había comenzado a olvidar.

Páginas de un diario

(1981)

La acacia

Después de tantos años, vuelvo a verte,
cuando ya no esperaba que mis manos
acariciaran otra vez tu viejo tronco, en el que el tiempo
fue dejando las oscuras señales que dan fe de su paso
y ennoblecen la esbeltez de tu serena decadencia.

Hoy quiero estar contigo, al igual que en los días de la infancia
o del desasosiego adolescente. Porque nunca he olvidado
todo lo que te debo, ni la dicha tan pura que me diste
en aquel paraíso que fue mío
y que retorna intacto en ocasiones.

Siempre estabas aquí, junto a la puerta
de la casa de campo inabarcable y blanca
que mis abuelos construyeron en medio de las tierras
del patrimonio familiar, y aguardabas paciente
nuestro regreso, cuando en los meses estivales
el calor nos hacía salir de la ciudad
y volver a tu lado buscando el aire fresco
y la agreste quietud de estos lugares.

Desde el viejo automóvil que avanzaba despacio,
envuelto en nubes de polvo, por los difíciles caminos,
te descubríamos a lo lejos, mucho antes
de que por fin el largo viaje concluyera.
Y mi corazón se alegraba al divisar,
en medio de los campos agobiados por el sol del mediodía,
el verdor de tu copa sobre el fondo blanquísimo de la casa encalada.

Cuánto jugué de niño junto a ti,
con mi hermana y mi hermano y con los hijos
de las gentes humildes que dejaron su vida
en esta soledad. Sin apenas descanso, infatigables,
cerca de ti corríamos de una parte a otra, afanándonos
en mil pequeñas cosas que se nos ocurrían
para hacer nuestro el mundo. Los días no acababan
y ni una sola nube oscureció esa dicha que ahora vuelve
con una luz muy viva a este poema.

Mucho después, de pronto, en los años difíciles
de la temible adolescencia, supe ver tu hermosura.
Y mis ojos miraron de otro modo
tus delicadas ramas y el temblor de sus hojas.

En la ventana de mi habitación
pasaba largos ratos observándote,
y poco a poco luego,
lentamente,
iba escribiendo en un papel muy blanco
las líneas inseguras de mis primeros versos.

A la hora en que la tarde comenzaba
a estar casi vencida, junto a ti, haciendo corro, las mujeres
se sentaban. Con placidez charlaban y cosían,
y nos veían crecer, y eran felices.
(Aún, al cerrar los ojos, contemplo allí a mi madre,
tan hermosa y tan joven en los tiempos aquellos,
sentada en el sillón de mimbre en que solía
descansar de las domésticas tareas;
y todavía oigo su risa, escucho sus palabras.)

Más tarde, en los umbrales de la noche,
regresaban del campo los hombres, a lomos de sus mulas,
extenuados por las agotadoras faenas en las que se ocupaban
desde el alba al crepúsculo.
Y se acercaban sonriendo
a las mujeres. Bebían agua fresca en los botijos,
liaban sus cigarros, y nos gastaban bromas.

A esas horas, también, con frecuencia se oían,
en el silencio cárdeno de los atardeceres,
los gritos del pastor y las esquilas taciturnas
del ganado que ya se recogía.
Iba creciendo
la oscuridad. Y algún perro ladraba.

En noches como esta, cuando todos
estaban entregados con mucha paz al sueño
y solo se escuchaba el canto de los grillos,
yo te vi, vieja acacia, bajo la luna, y eras
un árbol refulgente de plata ensimismada
que dulcemente meditaba a solas.
También he visto en las amanecidas

el temblor del rocío sobre el verde reciente
de tu copa habitada, pues al primer albor,
a veces, me sacaba de las brumas del sueño
la algarabía de tus gorriones.
Y te vi con el viento enredado en tus ramas,
y en las súbitas luces del relámpago,
bajo las gruesas gotas de la lluvia estival.
Y siempre, en los rigores de la siesta,
me acompañó tu sombra, mientras leía un libro
o miraba los campos, la viña, los trabajos
del sol y los quehaceres de los hombres,
que aventaban los trigos en la era
o trillaban las mieses y cantaban canciones
sin que el calor los arredrara; a la vez que en las encinas
las ruidosas cigarras que enardecen
la furia del verano se vanagloriaban
de su vivir ocioso.

Son tantas las imágenes
que al contemplarte en esta noche acuden
a mi memoria, y es tanta la alegría
de estar aquí, contigo, después de todos estos
años en que he vivido sin ti, sin la ventura
de tu fiel cercanía, que hoy parece
de nuevo todo igual, y como entonces
soy sencillo y dichoso, aunque no en vano
haya pasado el tiempo y ahora estemos
tan cambiados los dos, acacia recobrada,
el más hermoso y mío de los árboles.

La amistad

Tan solo una semana fue el plazo que la dicha
os dio para estar juntos, para sentir que a veces
puede la vida ser distinta e igual en todo
a como los deseos la soñaran.

El mes de julio, ya casi cumplido,
os reunió en ese pueblo que de siempre conoces
porque en él tus mayores levantaron su casa
y con amor plantaron, a su costado, un huerto
en el que te gustaba jugar cuando eras niño.

El verano de rubia cabellera
pasaba lentamente por los campos del sur,
derramando en la tierra con mano generosa
la abundancia madura de sus dones.

Fueron días perfectos, sin duda tutelados
por la mirada cómplice de algún dios que asentía.

Muy lejos ya de todo aquello ahora,
a tu memoria acuden las imágenes
que en ese tiempo tienen sus comienzos:
noches que sostenían hasta el alba
el placer de la charla, del alcohol y la música;
la pequeña piscina que había junto al joven
árbol del paraíso, en la que a veces
vuestros cuerpos desnudos se sentían
ebrios de libertad bajo los cielos
llenos de estrellas de la madrugada;
aquel amanecer —ya el último— a la orilla
del mar cercano. Y tantas, tantas cosas.

No pienses que fue breve la belleza
de esos días que hoy cantas, ni escasa la alegría
que os deparó la suerte: la hermosura
solo un tiempo requiere, y su fugaz reinado
tiene la persistencia de lo eterno.

Confórmate, y recuerda. Porque el recuerdo sabe
prolongar el pasado, impedirle a la sombra

su cosecha de olvido.
No lamentes que el fin
ya en el principio aguarde.
Y sin dolor acepta
la gloria melancólica de saber que has vivido.

La casa vacía

Abre la puerta y da la luz.
Es ya muy tarde,
y sabe que en su casa nadie lo espera.
Todo
sigue en su sitio y el silencio pesa
sobre las mudas cosas que le ignoran.
Va de aquí para allá, por el pasillo, por las vacías
habitaciones, y no sabe qué hacer, por qué esta noche
está el mundo tan lejos.
Toma un libro.
Pasa un rato leyendo. Luego, escucha
con desgana una música.
Mientras, la madrugada
avanza lentamente.
Quizás alguna rosa
de ese florero que hay sobre la mesa
deja caer sus pétalos marchitos.

Los pinares de Potsdam

No ha podido el otoño arruinar la hermosura
de estos pinares solitarios.
Hace frío y el viento
canta en las ramas una canción muy triste.
La tarde está empezando, pero la débil luz
de esos cielos tan grises se abre paso con desgana
a través del verdor de los añosos árboles.
Sobre el agua dormida del lago Wannsee flotan
las vagas formas de la bruma, y en el aire se adensan
los húmedos olores de la tierra y del bosque.

No hay nadie.
Un gran silencio
calla en la calma de la tarde. Se diría
que el mundo está muy lejos y que aquí solamente
la soledad habita.

Ahora, de pronto,
se oyen voces alegres, y en la puerta
de ese pequeño hotel casi perdido entre los pinos
aparecen dos jóvenes.
Visten con elegancia,
y son muy delicadas sus figuras.
Ella ríe, y la mira
también riendo el compañero que a su lado
parece ser feliz.

Ambos comienzan
a andar sobre la hierba.
Luego, corren
cogidos de la mano.
Se sueltan.
Se persiguen.
Dicen en voz muy alta sus nombres, las palabras
que el amor y la dicha ponen siempre en el pecho
de los enamorados.
Y después se detienen,
aunque la tarde es fría, a la orilla del lago.

Una sirvienta trae desde el hotel
una mesa, unas sillas, unas tazas
de café bien caliente.
Y se sientan los jóvenes
allí, porque desean hablar y acariciarse,
estar juntos, mirarse con dulzura
a los ojos.

Pero son muy extrañas
las cosas que se dicen. Nadie comprendería
al contemplar el fulgor que ilumina sus rostros
las terribles palabras que pronuncian.

HERNRIETTE VOGEL:

—Amor mío, amor mío, ha llegado el momento
de partir, la ocasión de emprender el viaje
que tanto hemos soñado. Nadie podrá impedir
que unidos conquistemos la paz que separados
no supimos hallar.

Morir puede ser bello,
si la vida no alcanza a ser ya hermosa. Y mi alma
quiere escapar de la crueldad, de los inútiles dolores
a que este cuerpo enfermo la tiene sometida.

Cuando te vi por vez primera, supe
que eras el enviado, el ángel luminoso
o sombrío —qué importa— que venía
a salvarme.

¿Recuerdas? Una noche
alguien nos presentó. Había mucha gente
en el salón berlinés en el que coincidimos,
y una música amable envolvía el rumor
de las conversaciones.
Sé que apenas hablamos,
porque no necesitan las palabras
quienes se intuyen secretamente afines.
En tus ojos brillaba una luz muy hermosa
y yo sentía en el ánimo un palpitar dulcísimo.

Las horas más dichosas de mi vida
son las que tú me diste. Lentitud de un relámpago
que brota de lo eterno.
Sentados junto al clave
cantábamos, y el amor nos elevaba
a los reinos perfectos de la música.

El día en que temblando de emoción
sellamos aquel pacto y nos hicimos la promesa
de abandonar la vida, porque así lo quería
nuestro destino de desesperados,
se acabó mi amargura, y comencé a esperar con impaciencia
este final tan bello.

Ahora sé que por siempre
nos unirá la muerte, y la vida no podrá separarnos,
mi amor, mi libertad, mi jardín de jacintos.

HEINRICH VON KLEIST:

—Te doy gracias, amor, por tus palabras,
por la alegría y la entereza que hay en tu corazón
en esta hora solemne en que está a nuestro alcance
la quietud que merecen nuestras almas.

No es difícil morir cuando ya todo
se nos niega en el mundo y sentimos el pecho
vacío de ilusión. Siempre le queda al hombre
que no quiere humillarse ante el adverso sino
la libertad suprema de decidir su muerte.

He luchado. Y no es poco el coraje que puse
en mi vivir. Fue vano todo empeño.
Siempre he sido vencido y al cabo tengo solo
la verdad amarga y lúcida de la desesperanza.

El azar mueve el mundo. Y sus caprichos
siembran de desconcierto el corazón humano.
La cruel indiferencia de los dioses,
que en sus áureas mansiones tan lejanas
gozan de la armonía que con nadie comparten,
hace que el hombre puro, el hombre que no acepta
las estúpidas normas de la grey

y pretende encontrar una luz que ilumine
las sombras que lo habitan, vague sobre la tierra
igual que un desterrado.

Nadie sabe
todo lo que he sufrido, pues nadie estuvo nunca
cerca de mi dolor. Yo solo he soportado
los terribles castigos que el destino
reserva a quien no inclina la cabeza
y combate sin tregua y con arrojo.

Pero tengo el orgullo de saber que mi espíritu
jamás desfalleció.
Cuando los hombres de otro tiempo
se acerquen a las obras que he escrito y que ninguno
ha querido entender, tal vez comprenderán
que hubo alguna grandeza en mi derrota,
y su fervor de entonces hará que brille en esas páginas
una belleza indestructible.

Hoy el amor me ayuda
a no estar también solo en este último trance.
Tu valor me da fuerza y me acompaña
y en tus ojos comprendo que no todo es mentira.
Al fin descansaremos.
Nada queda
que aprender ni esperar.
Que el silencio se imponga
en la inutilidad de las palabras.
Terminemos, amor. Siento que nuestras vidas
están maduras ya para la muerte.

•

(Se escuchan dos disparos y el eco alza de pronto
en los mudos pinares su voz multiplicada.
Sobre la hierba oscura caen los cuerpos,
y en sus miembros inmóviles se queda en paz la tarde.)

Retrato del poeta adolescente

Cuánto tiempo ha pasado, cuántas cosas
que has vivido olvidaste. Pero aún puedes,
si miras hacia atrás, ver a lo lejos
a aquel muchacho apenas parecido
al hombre que ahora eres.
En la tarde
de un antiguo verano está sentado
debajo de la acacia que hace poco
cantaste en otros versos. Deja el libro
que en las manos tenía, y mira el campo
mientras piensa o sueña.
Después abre un cuaderno
y escribe allí un poema que tú ya no recuerdas.

La espera

(Homenaje a Ramón Gaya)

Esta es mi soledad, verme rodeado de luz.
NIETZSCHE

Se acerca a la ventana, y a través del cristal sus ojos siguen
el curso de esas nubes tan blancas que cruzan indolentes
el cielo azul de la mañana. Y muy conforme observa
cómo se duerme el sol en la quietud de los tejados,
mientras todo está bien y apenas hay transcurso.

La luz llena el estudio, y los pocos enseres
que ha ido el vivir reuniendo en esta habitación
están aquí en su sitio, y se diría que acompañan
gustosamente con su silencio inanimado al hombre
que ahora abandona la ventana y se acerca despacio
a ese cuadro aún vacío, a los pinceles
que aguardan el instante de dejarse llevar con mansedumbre
por una mano limpia y conocida.

Se ve sobre una mesa una copa con agua,
y en ella unos jazmines. Él los mira, y quisiera
entender el secreto de estas pequeñas flores, el enigma
de su perfume leve, de su frágil blancura,
para poder más tarde dejar temblando sobre el lienzo
la cerrada belleza que lo conmueve y permanece
ajena a su emoción, a sus afanes,
inconquistada y sola, desvalida.

Pero siente que el momento de hacer suya esta hermosura,
de confundirse con su ser, no ha comenzado aún,
y se retira con humildad, se aparta
de ese lugar radiante. Y vaga por el cuarto,
decidido a esperar a que madure el tiempo
en que la realidad palpitante que ansía,
dulcemente, sin lucha, se le entregue.

Se sienta en una silla. Abre un libro. Regresa
a los versos sabidos de algún poeta amado.
Después, durante un rato, lo acompaña la música,
y perdido en la mágica intimidad de una sonata
piensa quizás, involuntariamente,

en ciertas cosas del pasado, cosas que fueron suyas
y fue perdiendo luego: la ciudad delicada
y polvorienta, dormida bajo el sol,
en la que vio la luz; los no olvidados huertos
de su niñez; aquellos quietos días
en que todo era simple, sin daño, consistente,
y estaba anclado en un rincón del paraíso.

Cesó luego el encanto. La vida se echó a andar
y dentro de ella germinó la muerte.
El muchacho lo supo, y advirtió
que en lo profundo de su pecho había
una extraña inquietud, un anhelo infinito
de fijar de algún modo —en un papel, acaso sobre un lienzo—
los efímeros dones del mundo. Y desde entonces
se entregó con pasión a su quimera, quiso arder para siempre
en la llama intensísima de ese empeño exclusivo.

La soledad le ha dado compañía, y lo ha ayudado
a defender su fe, a no dejar jamás que se apagara
la sagrada ilusión. Ella lo ha conducido
—fiel a sí mismo, libre, intacto y puro—,
a través de los años, hasta esa silla en la que hoy
recuerda o tal vez sueña mientras suena la música.

Todo se acalla al cabo. Y el profundo silencio
despierta al soñador. Contempla de nuevo los jazmines,
la transparencia de la copa y los alegres juegos de la luz
en el cristal que brilla.

Y de repente oye
como un rumor de misteriosas aguas, y se siente invadido
por la presencia súbita de un poder que lo impulsa
a coger el pincel y aproximarse al lienzo.

Y casi sin esfuerzo, casi a pesar de él mismo,
su mano va sacando poco a poco de la oquedad del cuadro
la verdad trascendida del cristal y las flores,
que aquí, sobre la tela,
salvados ya del tiempo y del olvido,
ofrecen su inocencia temblorosa y son al fin
imagen viva del amor, cifra del universo.

Elegías

(1984)

La inspiración

En ocasiones, cuando intenta
escribir y resulta vano
el empeño y se desespera
ante el hostil papel en blanco,
de pronto ocurre por sorpresa
después de mucho, mucho rato
de tentativas, de paciencia,
algo que no esperaba, algo
con lo que el cielo recompensa
sus sinsabores: un milagro.
Y casi sin buscar encuentra
la palabra justa, el vocablo
que necesita, la manera
de que lo oscuro se haga claro.
Surge la luz. Todo se ordena.
En el papel se posa el canto.
Y cuando al fin queda el poema
completamente terminado,
quien lo escribió, confuso, piensa
que no es verdad, que está soñando.

Aviso de caminantes

En la suma de días indistintos
que el vivir nos depara, acaso hay uno
en que el destino, trágico y hermoso,
pasa por nuestro lado y el azar manifiesta
una insólita luz, un desusado
fulgor inconfundible.
Pero no has de dudar. Ten el coraje,
cuando llegue el momento,
de abandonar las cosas con que siempre
te engañó la costumbre, y sube pronto
a ese carro de fuego.
Poco dura
el milagro.
Después, si te negaras
a partir, solo noche
merecerás. Y nunca, aunque quisieras,
podrás comprar la luz que despreciaste.

A lo lejos

Una niña —qué lejos— me sonríe.
Y, desde allí, me mira.
Infancia de mi madre.
Vieja fotografía.

Las nogueras

Hace unos días, mientras paseaba
en el atardecer con un amigo
que iba, incansable, hablándome de aburridos asuntos,
me acudieron de pronto a la memoria,
sin que mi voluntad las convocase,
las nogueras que había junto al pozo en la casa
blanca de mis veranos infantiles.
Con cuánta nitidez vi nuevamente
su pálido verdor; cómo otra vez el aire
me daba su perfume conocido
y el rumor delicado de las hojas.
El sol del mediodía se detiene a la orilla
de la sombra que ofrecen. Alguien saca
del pozo un cubo de agua fresca, y zumban
en torno las avispas. Cerca de aquí, en la era,
cantan los trilladores.
Las imágenes
tan vivas de aquel tiempo, poco a poco,
se van desvaneciendo.
Quien me acompaña insiste
en argumentaciones reiteradas
hasta la saciedad. Y yo le digo
que sí, que desde luego tiene razón en todo.

Diciembre

Se acaba el año y casi nada hice
de lo que en este tiempo, vagamente,
me había propuesto hacer. Pero escribí
unos cuantos poemas.
(Sé sincero
y di que lo demás no te importaba.)

Un sueño

Como si nada hubiera sucedido
desde entonces, dulcísima criatura,
y no hubiese interpuesto el tiempo entre nosotros
tantos años, de nuevo te acercaste
esta noche a mi vida en un sueño.
Teníamos
otra vez juventud, y transcurría
lenta una tarde de verano. Estabas
sentada junto a mí e ibas diciéndome
las mismas cosas que solías decirme
en los días aquellos. Sonreías
de la misma manera. En tus ojos cantaba
feliz la luz de agosto.
Pero fue
todo muy triste, porque yo, en el sueño,
era consciente de que te soñaba.

Nel mezzo del cammin

En medio del camino, hoy, viernes, día
veinticuatro de junio, justo cuando
muy a pesar de mí cumple mi vida
su trigésimo quinto aniversario
y un cálculo optimista
me hace pensar que acaso
de la suma de años que prevista
tienen las Parcas para mí y el Hado
tan solo la mitad —a la deriva,
casi sin darme cuenta— he malgastado
y otra mitad, la menos divertida,
queda para hacer algo,
escribí estas palabras mientras iba
lentamente la tarde declinando.

La música

Miradlo: ¿veis su rostro fatigado,
los ojos tristes y los pasos lentos
con que regresa a casa? Cae la noche
en la ciudad, y nadie lo acompaña
ni lo espera. Está solo al fin de un día
como todos los otros. Se repite,
monótona, la vida, y el invierno
reitera su maldad, las crueles muestras
de constante enemigo.

Abre sin ganas
la puerta de la casa, y entra en ella
vencido. Un gran silencio indiferente
lo ve llegar. En las habitaciones
hace frío y las cosas siguen todas
en su lugar, ajenas al destino
de quien ahí las dispuso.
Vaga un rato
por el ámbito oscuro, y luego deja
caer su cuerpo en un sillón del cuarto
en el que suele estar.

Mirad los libros,
sus papeles, los discos. Vedlo ahora
cerrar los ojos y escuchar la música
que comienza a sonar y da a su pecho
consuelo y alegría.
Va adentrándose
en una mansa luz, y poco a poco
la misteriosa claridad lo lleva
a remotos lugares. Vagamente,
su espíritu recuerda como en sueños
la original pureza, aquella gloria
que tuvo y que perdió. Con cuánta dicha
reconoce este bien. En el venero
de la verdad sus labios temblorosos
beben un agua clara. Y queda entonces
en paz consigo mismo.

Pero acaba la música, y regresa
a su cuarto de nuevo. Abre los ojos
y es invierno otra vez. La noche avanza.
Hace frío. Ya es tarde. Afuera llueve.

Luna llena

Como cuando era niño y te miraba
lleno de dicha y lleno al mismo tiempo
de sagrado temor, miro esta noche
tu misteriosa plenitud. Mis ojos
van siguiendo tu curso, el arco mágico
que trazas en el cielo, y te agradece
el corazón rendido la belleza
que al mundo le regalas.
Sé que riges,
junto a otros astros, mi destino y nunca
me he negado a ser tuyo: ¿quién podría
desoír tu fulgor sin saber luego
siglos de oscuridad? He pretendido
siempre que mis poemas, en el fondo
—aunque los versos de otra cosa hablasen—,
te celebraran y que fueran dignos
de elevarse hacia ti, porque no ignoro
todo lo que te debo.
Pongo, madre,
bajo tu dulce protección los cantos
que este libro reúne, y te suplico
que los acojas y que no les niegues
el don supremo de tu luz divina.

Autorretratos

(1989)

Confidencias

Está sentado junto
al balcón de la estancia
en la que tantas veces
lo he visto yo estar solo.
Acaba mayo. Llueve.
Hay luz apenas. Cruza
el fulgor repentino
de un relámpago el cielo
fosco de la mañana.
Deja en la mesa el libro
que leía. Lo aburre
la lectura. Y tampoco
lo acompaña la música
de un disco que da vueltas
inútiles y, al cabo,
se detiene.
Bosteza.
De vez en cuando mira
sin atención la lluvia
que arrebatadamente
cae sobre los tejados
rojizos de esas casas
de ahí.
Cierra los ojos.
No quiere, no quisiera
pensar en nada. Pero
—yo lo conozco un poco,
y he visto muchas veces
esa actitud, ese gesto—
piensa en su vida, piensa
vagamente en sus cosas
de siempre.
No ha cambiado
con la edad casi nada,
aunque él diga a menudo
lo contrario y afirme
que ya no es el de antes,
para su mal. Ocurren,
transcurren muy deprisa
—muy deprisa, ay— los años,

y él no termina nunca
de madurar, de hacerse
adulto. Da ternura
y, con frecuencia, risa
la ingenuidad que tiene
de niño grande.
Cree
que no es feliz, y añora
su juventud perdida,
los tesoros que el tiempo
le ha ido robando. Es,
como se ve, propenso
a la elegía. Ama
en pretérito.
Ignora
que es todo lo dichoso
que puede ser un hombre
que ya anduvo con creces
la mitad de su vida.
No sabe que lo aguardan
—si es que, con suerte, vive
para contarlo— tiempos
peores, más oscuros
que estos de ahora: años
llenos de invierno.
Sigue
lloviendo. Llueve mucho.
Abre los ojos. Mira
las nubes con desgana.
Está aburrido, y no
sabe qué hacer. Decide
levantarse. Camina
un rato por la casa.
Nuevamente se sienta.
Fuma. Tose.
Más tarde,
toma papel y pluma
y escribe este poema
para matar el tiempo.

Celebración

Súbitamente, misteriosamente,
ya no es invierno en mi ciudad. Ayer
hacía frío aún y estaba el cielo
gris y desapacible. Esta mañana
me he despertado pronto. Ahora me asomo
al balcón de este cuarto: en los tejados
de las casas vecinas y en las calles
del barrio hay mucho sol, y el aire huele
a luz y a libertad. La primavera
llega aquí siempre de esta forma: así,
tan de improviso, como por encanto.
Y la hermosura repentina de este
milagro jubiloso, de esta vida
que se agrega a la vida, nos asombra
el corazón, el alma y cada uno
de los cinco sentidos, todo el cuerpo,
por más que presintiéramos que estaba
a punto de llegar y que tenía
sus días contados el invierno.
Miro
con emoción y con sorpresa cómo
la realidad canta y florece, el ímpetu
con que todo se muestra, y su abundancia.
Y no me niego, sino que me sumo
muy decidido a la celebración
de este suceso, aun a sabiendas de que
la nueva primavera no ha de darme
lo que me dieran otras, hace tiempo,
cuando yo era un muchacho que ignoraba
algunas cosas que ahora sé, cuando era
verdad tanta ilusión y, confiado,
miraba el mundo sin melancolía.

La playa

Nadie podrá quitarme —me digo— la ilusión
de soñar que ha existido esta mañana.
Se ha detenido el tiempo. Oigo tu risa,
tus palabras de niño. Nunca he estado
tan conforme con todo, tan seguro
de mi alegría. Juegas junto al agua, y te ayudo
a recoger chapinas, a levantar castillos
de arena. Vas corriendo de un sitio para otro,
chapoteas, das gritos, te caes, corres de nuevo,
y luego te detienes a mi lado y me abrazas
y yo beso tu pelo, tus ojos, tus mejillas,
tu niñez jubilosa. El mar está
muy azul y muy plácido. A lo lejos,
algunas velas blancas. El sol deja
su oro violento en nuestra piel.
Me digo
que es cierto este milagro, que es verdad
el inmóvil fluir de la quieta mañana,
la ilusión de soñar el remanso radiante
en el que acontecemos como seres
dichosos de estar vivos, felices de estar juntos
y de habitar la luz.

Pero escucho, de pronto,
el ruido terrible y oscuro y velocísimo
que hace el tiempo al pasar, y la firmeza
de mi sueño se rompe; se hace añicos
—como un cristal muy frágil— la ilusión
de estar aquí, contigo, junto al agua.
El cielo se oscurece, el mar se agita.
Siento en mi sangre el vértigo espantoso
de la edad: en un instante, transcurren muchos años.
Y te veo crecer, y alejarte. Ya no eres
el niño que jugaba con su padre en la playa.
Eres un hombre ahora, y tú también comprendes
que no existió, ni existe, ni existirá este día,
la venturosa fábula de mis ojos mirándote,
la leyenda imposible de tu infancia.
Estás solo, y me buscas. Pero yo he muerto acaso.
Somos sombras de un sueño, niebla, palabras, nada.

Madrigal

Has abierto mi libro y vas, despacio,
con atención, leyéndolo. Tus ojos
se detienen ahora ante esta página.
Empiezas a leer y te das cuenta
muy pronto de que en ella hablo de ti.
Para advertirlo, como yo esperaba,
no necesitas ver tu nombre impreso
en el papel, porque de sobra sabes
que a ti sola te canto. En ti, mi voz
tiene su origen y su cumplimiento,
su razón de existir: al celebrarte,
hallo dichosa ocupación y soy
fiel al destino que me justifica.

Escrito en un mal día

Cuando pienso que pude hacer mejor las cosas
que tanto me importaban
y que con algo más de apasionada entrega,
de locura y arrojo, hoy quizás aún llevase
conmigo la ilusión que me sostuvo
y los frutos dorados del árbol de la vida...

(Pero, tal vez, Eloy, en verdad no debieras
entregarte a la culpa, pues mucha parte tiene
en lo que hiciste mal o a medias o no has hecho
el temor que sentías
de no estar a la altura de tus sueños.)

Ubi sunt?

Era una hermosa fiesta. Una noche de agosto,
un pueblo y una casa con su huerto. Y la luna.
Había mucha gente: familiares, amigos.
Aquí y allá unas mesas con botellas y copas.
Gratas conversaciones intrascendentes, risas.
La música y el baile. El gozo de estar juntos.

Transcurrían así las deliciosas horas
de aquella madrugada.
Me retiré un momento
al fondo del lugar y estuve contemplando
desde lejos la fiesta. Era todo alegría.

Pero de pronto, entonces, se detuvo la música.
Y llegó un viento súbito, y pasaron los años.
Pasaron muchos años. La luna iluminaba
un huerto ya sin nadie. No estaban las personas
que allí fueran felices en una noche espléndida
que existió no sé cuándo. Yo también me había ido.
Y alguien que no era yo miraba indiferente
aquella soledad. Reinaba un gran silencio.
Árboles descuidados, hojas muertas, maleza.
Muros desmoronándose de una casa en ruinas.

Después oí a lo lejos mi nombre. Me llamaban.
Y cesó de repente la visión de una noche
que ha de venir y agita su sombra inevitable
en el mar del futuro: los piélagos del tiempo.

Sonó otra vez la música y volvió la alegría.
Yo me sumé al bullicio. Y nada dije. Todos
cantaban y reían y bailaban.
La luna
nos miraba, serena, desde el centro del cielo.

La vida

(1996)

Recanati, agosto de 1829
(Homenaje a Leopardi)

Van pasando los meses muy despacio.
Hace ya casi un año regresé
—contra mi voluntad, porque no tuve
otro remedio, desgraciadamente—
a la casa paterna, y cada día
es una eternidad: no avanza el tiempo
cuando no hay esperanza y respiramos
en el dolor y el tedio. Tal vez nunca
vuelva a salir de aquí. Ni mi menguada
bolsa ni las miserias indecibles
que padece mi cuerpo —por no hablar
de la constante oposición que muestran
los míos a que parta— me consienten
pensar de nuevo en irme. Quedó lejos
el mundo: aquellos días de Florencia,
de Pisa, en que creí ser para siempre
un hombre libre al fin. Entre los muros
de este viejo palacio ineludible
me debato en la angustia, maldiciendo
el aciago destino que se opone
a todos mis afanes. Nada tengo,
pues me es ajeno cuanto me rodea
en este pueblo infame en el que nadie
quiso nunca —ni pudo— comprenderme.
Tan solo la solícita presencia
de mi querida hermana —que es quizá
igual a mí en desdichas— me procura
desagravio y refugio, algún consuelo
en esta soledad. Mas no es bastante.
Soy un muerto que alienta. Sí, la vida
dura en verdad bien poco. Es un fulgor
muy intenso que cesa de repente
cuando acaban los años juveniles.
Después, en apariencia, el existir
prosigue. Pero no, no es ya la vida
lo que está sucediéndonos, y somos
en esa nada póstumos testigos
de un simulacro triste. Nos quedamos
entonces sin presente y sin futuro;

todo lo que acontece nos remite
al pasado, a la antigua llamarada.
Mi juventud se fue. Canta el verano
inútilmente en torno a mi dolor.
Un día más de agosto que termina.
Ha caído la noche. Desde el cielo
mira la compasiva luna llena.
Sobre el hondo silencio de los campos
tiembla la luz de las constelaciones.
A mi memoria acuden las imágenes
del ayer. El recuerdo me depara
la extraña flor de la melancolía.

Volver

Cómo me gustaría estar ahora
lejos de la ciudad,
andando por los campos aquellos de mi infancia
en esta tarde de la primavera.
Ya estarán verdeando
las tierras de labor, y el oro joven
del sol de marzo exaltará la gracia
de los almendros florecidos. Aún
hace un poco de frío, pero el aire insinúa
una tibieza amiga en la que todo canta.

Estar allí de nuevo,
después de tantos años de ausencia; andar sin rumbo
en la luz vespertina
a través de las hazas o por el monte bajo.
Entre las ramas de un enebro dice
su canción un jilguero; ladra en la lejanía
el perro de un pastor; una bandada
de súbitas perdices alza el vuelo a mi paso.

Estar allí de nuevo,
y dejarme habitar por las imágenes
de la niñez remota;
soñar que no han pasado en un soplo los años,
y que es verdad la vida.

En mitad de la noche

En mitad de la noche me desperté. Y había
mucha luz en la casa. Oí, por el pasillo,
ir y venir de pasos apresurados, voces
tristes que lamentaban no sé qué y, a lo lejos,
como un lento murmullo acaso de oraciones
entre llanto y gemidos susurradas. Sin duda
algo extraño ocurría. Asustado, confuso,
llamé con insistencia a mi madre, aunque nadie
acudió de momento. Porfié, y al fin vino
a mi cuarto, afligida, la sirvienta, y después
de acariciarme un poco y abrazarme, la pobre,
me dijo como pudo que mi padre había muerto,
que había muerto hacía un rato, de repente.
Contaba
siete años yo entonces y tenía mi padre
cuando murió la misma edad que tengo ahora.
Casi cuarenta años han pasado y aún
respiro aquella angustia. Mientras mi mano intenta
escribir estos versos voy viviendo de nuevo
los momentos terribles de esa noche remota.
Mi madre está sentada en un sillón, llorando
con total desconsuelo junto al lecho en que yace
el cuerpo de mi padre. Yo me acerco y la beso;
le digo que no llore, que no llore. Su llanto,
en verdad, me conmueve más aún que el cadáver
—tan irreal, tan solo en su quietud— del hombre
que hasta ayer mismo era el centro de esta casa
y jugaba conmigo, con mi hermana y mi hermano.
La muerte transfigura, traza súbitamente
un enigma en su presa, y no reconocía
apenas a mi padre en aquellos despojos
misteriosos, herméticos.
Entonces no lo supe.
Pero hoy sé que esas horas en que tomé conciencia
del tiempo y de la muerte arrasaron mi infancia:
dejé allí de ser niño.
La casa fue llenándose
poco a poco de gente. Familiares y amigos

daban con su presencia lugar a repetidas
escenas de dolor. La noche no avanzaba.
Parecía que nunca iba a llegar la aurora.

Melancolía

Cuando pienso en los años
aquellos, en los días
del amor y el deseo,
siento melancolía.
Ni tú ni yo sabíamos
vivir entonces sin la
urgencia de encontrarnos,
sin respirar la dicha
imprescindible y única
de estar juntos. Ardía
una llama en nosotros
que eterna parecía.
Pero ha pasado el tiempo
por tu vida y la mía.
Y en esto se ha resuelto
al fin la maravilla:
ya no te necesito,
ni tú me necesitas.
Qué terrible es que nada
dure, que en la semilla
de cuanto llega a ser
la muerte esté escondida.
El fuego más hermoso
concluye en la ceniza,
la luz se vuelve sombra,
y la verdad, ¿mentira?

Despedida

El verano se acaba.
Parece que fue ayer cuando llegó de súbito
en su carro de oro.
Venía jubiloso por los campos
y a su paso las tierras se colmaban
de espigas y de frutos.
Dispuso que las sombras se apartaran
del corazón del hombre y que creciera
la alegría en su pecho. Estaba todo
lleno de luz, de intensidad. Se hicieron
inmensas las mañanas, y las tardes
no terminaban nunca.
Daba la sensación de que el verano
iba a quedarse aquí ya para siempre.

Sin embargo, se acaba.
Y nos parece ahora que fue breve en extremo
su prodigiosa estancia entre nosotros.
Mirad cómo se marcha: invicto, fulgurante,
se aleja por los campos en su carro de oro.

Principio y fin

Puede ser que me diga: «El verano que viene
quiero volver a Italia», o: «El año que hoy empieza
tengo que aprovecharlo; con un poco de suerte
acabaré mi libro», y también: «Cuando crezca
mi hijo, ¿qué haré yo sin el don de su infancia?».
Pero el verano próximo, en verdad, ya ha pasado;
y terminé hace muchos años el libro aquel
en el que ahora trabajo; mi hijo se hizo un hombre
y siguió su camino, lejos de mí. Los días
que vendrán ya vinieron. Y luego cae la noche.
A la vez respiramos la luz y la ceniza.
Principio y fin habitan en el mismo relámpago.

La certeza

(2005)

Luz que nunca se extingue

Te equivocas, sin duda. Alguna vez alcanzan
tus manos el milagro;
en medio de los días que idénticos transcurren
tu indigencia, de pronto, toca un fulgor que vale
más que el oro más puro:
con plenitud respira tu pecho el raro don
de la felicidad. Y bien quisieras
que nunca se apagara la intensidad que vives.
Después, cuando parece que todo se ha cumplido,
te entregas cabizbajo a la añoranza
del breve resplandor maravilloso
que hizo hermosa tu vida y sortilegio el mundo.

Tu error está en creer que la luz se termina.
Al cabo de los años he llegado a saber
que en la naturaleza del milagro
se funden lo fugaz y lo perenne.
Tras su apariencia efímera
el relámpago sigue viviendo en quien lo vio.
Porque su luz transforma y ya no eres
el hombre aquel que fuiste antes de que en tus ojos,
de que en el fondo oscuro de tu ser relumbrara.

No, la luz no se acaba, si de verdad fue tuya.
Jamás se extingue. Está ocurriendo siempre.
Mira dentro de ti,
con esperanza, sin melancolía.
No conoce la muerte la luz del corazón.
Contigo vivirá mientras tú seas:
no en el recuerdo, sino en tu presente,
en el día continuo del sueño de tu vida.

Acerca del jilguero

Para empezar el día anoto aquí
que de todos los pájaros que yo he visto y oído
el más mío de todos es sin duda el jilguero.
Cuando digo su nombre mi infancia entera vuelve,
y desando el camino y de nuevo retorno
a aquella casa blanca que elevaba sus muros
en medio de los campos, en el centro
del corazón del mundo y del verano.
Y me veo a mí mismo en la mañana de oro
—igual que en el comienzo prometedor de un mito—
por vez primera oyendo un canto que venía
de dónde, de qué ser maravilloso y puro.
Escucha, escucha, niño, y acércate despacio
al lugar del que brota sin cesar
esa música hermosa. No hagas ningún ruido.
Y poco a poco llegas con tus pequeños pasos
hasta el pie de un almendro. Alzas los ojos
y no consigues ver más que hojas verdes
y cielo azul. Insiste. No te muevas, y observa
con atención. Insiste. Sí, ya veo, parece
que algo se está moviendo en esa rama.
Por fin, por fin lo ves: es el jilguero.
Lo ves hoy y lo has visto para siempre.
Quién podría olvidarlo. Lo viste, sí. Y yo ahora
lo sigo viendo en esta claridad
y apunto emocionado en mi cuaderno
ese cuerpo menudo que al cantar se estremece,
e intento dibujar también la gracia
de su rojo antifaz y la delicadeza
de su ropaje pardo que se adorna
con pinceladas blancas, amarillas y negras.
Canta, canta el jilguero en la mañana
remota del origen. Y después alza el vuelo
y se va por el aire. Pero aún vibra
en tu oído, en mi oído y en la verdad más honda
su canto de aquel día, su milagroso canto.

Así

No ignores que en los sitios más hermosos
y en los más apacibles
ocurrieron sin duda o habrán de suceder
las más terribles cosas a lo largo del tiempo.
Luego, de nuevo, en la devastación,
sobre la muerte misma, va creciendo la hierba.
Regresan poco a poco
junio, la lluvia, un pájaro,
las palabras, las risas. Y el olvido.

Luna

Luna llena que vas serenamente
haciendo tu camino por el cielo de agosto,
cuánto consuelo al corazón me traes,
qué alivio siento al contemplarte hoy
sobre este mar tan mío.
Me he sentado a mirarte; te estoy viendo
ascender en la noche
y trazar tus efímeros enigmas refulgentes
en las aguas que llegan a la arena
con un leve murmullo.
No hay nada semejante
a tu luz compasiva, esa luz que restaña
tan delicadamente las heridas
inevitables y hondas del vivir.
Con emoción te observo, y voy pensando
que acaso solo tú logras unir a veces
los distintos momentos de mi vida
con un hilo de plata:
en ti se reconcilian y confluyen
los seres diferentes que en mí se sucedieron,
y el hombre que ahora soy, si tú lo quieres,
encuentra en el amor de tu semblante mágico
al niño que yo era y al muchacho que fui.
Déjame que te cante,
concédeme, señora, que mi voz te celebre
con palabras muy puras,
y no permitas nunca que mis versos traicionen
la verdad que tú eres.
Que tu fulgor me alumbre, que tu piedad me ampare.
Y que cuando se acerque la hora final, mis ojos
te busquen y te encuentren, o te recuerden, mientras
va acabándose el tiempo
y todo se sosiega.

Lejos

Cómo se desdibujan con los años
los detalles precisos de la felicidad:
el verdadero tono de tu voz, los matices
de tu pelo y tu piel bajo la luz dorada
de aquel febrero insólito, el acento
con el que pronunciabas las palabras
mágicas y usuales del amor, tu manera
de reír, de mirarme. El recuerdo aproxima
el agua a nuestros labios, pero el tiempo
no nos deja beber. Tantean los ojos
en la noche cerrada y la memoria es sueño
que solo vagamente me devuelve tu imagen.

El secreto

Por si acaso se asusta la alegría
y se apresura a irse,
se la escondo a la gente y no le digo a nadie
que ha llegado a mi casa después de mucho tiempo.

Hablo con ella, y con frecuencia verla
de nuevo tan cercana
me hace llorar, y río.

Luego la dejo sola y yo me voy
a la calle muy serio.
A nadie le diré que está en mi casa.
Ojalá siga aquí cuando regrese.

La certeza

Qué ciego estuve, habiendo como hay
tanta luz, tantos signos
que en todo instante la verdad nos dicen.
Hay que abrir bien los ojos para ver,
aguzar el oído
para oír lo que importa.
Cada vez se apodera
de mí con más pujanza y más dulzura
la certidumbre de que solo hay vida.
¿Quién que respire y que haya acumulado
en su pecho alegrías y dolores,
noches y días del vivir, no intuye
—sin que por ello en ocasiones arda
esa lumbre con llama vacilante—
que no hay muerte que pueda
desdecir y anular esto que somos?
Canta en mi corazón una esperanza
que llena mi presente y me sostiene:
no, la muerte no mata; es también vida,
un misterioso trámite de sombras
que transforma lo vivo,
lo limpia y lo redime.
Cuanto existe, existió y será después.
En el misterio hermoso
de alentar en un mundo que se hizo
con la misma materia de los sueños,
¿cómo iba la muerte a poner fin
a esta fragilidad indestructible
que en nosotros habita?
La muerte borra el gesto
habitual de un hombre,
sus maneras, sus ropas, y lo vuelve
criatura distinta, pero no
aniquila el espíritu,
que se templó en el fuego.
Toco con estas manos lo que afirmo,
con nitidez contemplo su fulgor,
aunque diga con tanta inconsistencia
—y determinación tan desvalida
que al cabo es titubeo—

una certeza que muy mal se aviene
a razonables argumentaciones.
Alégrate, alma mía;
vive tus días con amor
y ningún miedo tengas
de perder para siempre lo que eres,
lo que has amado y que como una dádiva
se te otorgó o llegaste a merecer
con lucha e ilusión. Ten confianza,
porque todo otra vez y muchas veces
ha de pertenecerte en esta vida
que comienza y que cambia, que retorna
y que no acaba nunca.

Oír la luz

(2008)

Madre

Llegué cuando acababa de morir,
y era un misterio ver tan de cerca la muerte
en aquel cuerpo amado.
Aún conservaba
el calor de la vida, y puse yo mis labios
sobre su rostro inmóvil. Al besarla,
pude atisbar en ella y escuchar todavía
unas puertas cerrándose,
y un viento que de súbito arrasaba
la casa del amor y no sé qué despojos
de mi niñez remota.

Para que tú las oigas

De las fuentes del sueño
brotaron mis palabras,
del manantial del tiempo.

Compártelas conmigo;
detente aquí un momento.
Para que tú las oigas,
sobre el papel las dejo.

Son míos y son tuyos
su esperanza y su miedo,
la soledad que tienen,
la luz que llevan dentro.

Oye su leve música,
escucha sus silencios,
y vuelve a tus asuntos
y a tu camino luego.

Mis palabras brotaron
de las fuentes del tiempo,
del manantial del sueño.

La escondida fuente

Cuando el dolor te venza y te derrumbe y des
con tus huesos en una noche ciega,
no pienses solamente en escapar: indaga
en el hondo misterio que supone
que ese dolor exista, igual que existen
el pájaro y la flor, la hormiga o las estrellas.
Y escarba en sus escorias enigmáticas
con corazón dispuesto y manos que se entreguen
a buscar la verdad sin titubeos.
Escarba en tu dolor hasta llegar al fondo
de la tiniebla y del espanto. Allí
verás sin duda el rostro de la muerte.
Pero no desfallezcas. Si tu espíritu
no se rinde y prosigue, tal vez descubras luego,
bajo la tierra estéril de las devastaciones,
una escondida fuente. De ella brota
un agua fresca y viva que es también una luz,
la más intensa luz, la luz más pura.

Invierno

Este silencio, en esta casa sola;
este balcón y el mundo de ahí afuera:
la lluvia, el frío y la desolación
de unas playas sin nadie, en una tarde
de mitad del invierno. Y yo, sentado
en la quietud del cuarto. Todo está
como engarzado a un equilibrio frágil,
que es a la vez bien firme. Apenas pienso.
Tan solo miro y, a la vez, escucho:
rachas de viento y agua, agrios graznidos
de tantas gaviotas, el estruendo
persistente del mar que, aun enojado,
se afana sin desmayo en sus quehaceres.
Oigo también mi respirar; y casi,
con extrañeza grande de estar vivo,
mi propio corazón. Cuánto misterio
surge si suspendemos totalmente
cualquier actividad y nos abrimos
al ser que somos y a la realidad
que nuestro alrededor nos da con creces.
Cuánto misterio en esta casa sola,
en esta tarde, en mí que la contemplo,
en las horas que han ido oscureciéndose
y en la noche que llega.

Correspondencias

Esta mañana de oro, ¿con qué dolor se paga?
Tanta alegría, esa muchacha, el aire
lleno de luz, ¿tendrán su precio luego
en fatal y temible noche oscura?
La dicha y la desdicha
se corresponden misteriosamente
y en nosotros ajustan su inestable balanza.

Entonces

Nadie nos escuchó, nadie lo supo.
Pero tú sí me oíste hasta el fondo de ti
y sin ninguna duda lo supiste.
También yo estuve al tanto
de aquel decir cifrado de tus ojos
que, trémulo y audaz, iba llegándome
para que yo tan solo lograra comprenderlo.
Y no, no pudo ser, no pudo ser,
porque hay cosas que pugnan y no alcanzan
la maravilla de su cumplimiento,
aunque con tanta fuerza y anhelantes
broten de lo más hondo.
Qué tremenda verdad de luz tan triste
y de tan lenta muerte.
Muerte que nunca muere y que es también
infinita alegría, pues nació
de un centro eterno y puro.
En algún otro mundo, en otra vida
de las que nos aguardan en la rueda del tiempo,
sucederá de nuevo y para siempre
este fuego hermosísimo que ahora
no alcanzó a propagarse
sino en las galerías del deseo.
Y entonces arderá como él disponga,
con la voracidad de su albedrío,
sin que nada ni nadie nos salve de sus llamas
ni consiga impedir que nos calcine.

Una verdad

La vida nos enseña muchas cosas
acerca del dolor.
Es un conocimiento imprescindible,
que requiere templanza, amor y tiempo.
Mil veces renegué de los designios
del sufrimiento y de los recónditos
motivos de su ser y de su estar
en la esencia del hombre. No entendía
por qué me atenazaba en ocasiones,
y muchas veces me desesperé
intentando zafarme de sus manos terribles.
Y así anduve sin rumbo, hasta intuir un día
que en la noche convulsa del sollozo,
contrapuesta a la plácida mañana de oro puro,
busca y encuentra el mundo su equilibrio precario.
Hay luz y oscuridad,
sombra en el centro mismo de una brasa,
fulgor en la tiniebla.
Agaché la cabeza. Y, cuando vino,
acaté la zozobra que me correspondió;
hasta el fondo del pecho asumí su amenaza.
Y pude entonces constatar del todo
que al final del dolor no existe ya dolor,
que allí nos abre siempre la compasión sus brazos
y la verdad más honda es la alegría.

El mirlo

Al mirlo hay que observarlo y entenderlo,
porque, si no, puede llamar a engaño
ese pronto severo que presenta
su enlutado plumaje. A poco que lo mires,
verás que nada tiene que ver con un misántropo
ni nada parecido. Es muy alegre
debajo de un atuendo que sin ningún alivio
persevera en el negro. Pasa el día
realizando trabajos de zapa en el jardín
con su afilado pico de color calabaza
y por cualquier gusano manifiesta
interés minucioso. Al levantarme,
suelo salir a la terraza a ver
la mañana que hace. Yo madrugo,
pero él se me adelanta. Cuando miro,
se encuentra siempre allí con su pareja,
saltando tan ufano por el césped,
muy repeinado y con la cola alzada.
Traza vuelos pequeños y redondos
y entrelaza a intervalos sus reclamos
y sus continuados parloteos
con silbos intimistas muy sentidos.
En algunos momentos desafina,
y después va enmendando los deslices.
Tantas veces lo veo que, sin duda,
también a mí me ha visto y me conoce,
y al descubrirme aquí, de pie, meditabundo
—no sé si, en ocasiones, incluso hablando solo—,
seguro que a sí mismo se habrá dicho:
«Qué tipo tan extraño. ¿Qué hará ahí
un día y otro día casi a la misma hora?
Desde luego es bien serio, por más que a ratos silbe
(ni por asomo, claro, raya en esto a mi altura).
Parece inofensivo, con la pinta
de soñador que tiene. Y qué curiosa
su obstinada manía de mirarme».

Irreparablemente

Cuánto lamento ahora —y ya qué tarde—
las veces que dejé de ir a tu casa
en tus últimos años, aun sabiendo
que no era mucho el tiempo que quedaba.
Los absurdos quehaceres cotidianos
y las mentiras con que nos engaña
la vida me impidieron a menudo
verte y acompañarte, me alejaban
del ámbito armonioso en que vivías,
del cuarto aquel en el que siempre estabas,
de tu bondad, de tu sonrisa hermosa,
de tu alegre emoción cuando tomabas
con tanto amor las manos de tu hijo
en tus manos de anciana.

Sueño del origen

(2011)

Sucede que allí estoy

Me ocurre a veces —raras veces— ir
a solas paseando como hoy
por esta playa a la que con frecuencia
vengo desde hace tiempo,
y, de repente, algo que no logro
precisar bien qué sea
me devuelve del todo, de una forma
muy fugaz y muy nítida,
a otra playa —remota— que fue mía
en aquel Mar Menor de mi niñez,
el mar que, tras la infancia,
dejara un día de pertenecerme.
Son rápidas vislumbres intensísimas
que un mundo frágil —pero intacto— albergan.

Sucede que allí estoy,
caminando descalzo en la mañana.
No se ve mucha gente; aún es temprano.
Tengo mojado el pelo y en mi piel
hay cercos de salitre, pues estuve
buscando entre las piedras de la orilla
cangrejos, peces, conchas.
Puede ser que mi hermano me acompañe,
algún amigo acaso.

Traza el sol una estela de oro vivo
en la indolencia de las quietas aguas.
Vuelven los pescadores en sus barcos
de motor y de vela
y en cajas sacan a la orilla, alegres,
dando voces, fumando,
lo que en las largas horas afanosas
de incertidumbre y noche
consiguieron sus redes.
Me llega un fuerte olor a algas podridas,
al gasoil de los barcos, a pescado,
a maderas mojadas.

Duran apenas nada estas visiones
del que yo fuera un día,

del que un momento vuelvo a ser.
Y luego
prosigo dando pasos en la arena
por mis años de ahora.

Ranas

Sin duda es mal negocio escribir sobre ranas.
Todo el mundo lo sabe: no son bichos poéticos.
Mucho tiempo he callado, pero hoy
no tengo más remedio que hablar de ellas,
pues insisten e insisten, reclamando
su derecho legítimo a que las considere
y de una vez por todas me resuelva a decirlas.

Se trata de las ranas que croaban
en Las Lomas, en tiempos ya casi inmemoriales
—o no sé si soñados— de la niñez bendita.
Había en ese pueblo una gran balsa
(propiedad muy preciada de mi abuelo paterno)
que recogía el agua de un buen pozo artesiano,
y un sistema de acequias permitía
regar y hacer fecundas las tierras del contorno.

Al llegar el verano, por las noches,
comenzaban las ranas a charlar en voz alta
de sus asuntos más controvertidos
y a cantarle a la luna con hondo sentimiento
sus dichas y desdichas en romanzas de un tono
obsesivo, ardoroso, delirante.
(Tenía allí la luna un rostro múltiple,
que brillaba en el cielo y, acá y allá, en las aguas.)

Solo los obstinados e insoslayables grillos,
en circunstancias tales, conseguían
meter baza también y entreverar su música
con la del ronco coro de las ranas, que al cabo
se imponía de forma abrumadora
en aquellos unánimes conciertos.

Croaban hasta el alba, y cada noche
—durante mis estancias estivales
en el destartalado caserón familiar—
me dormía escuchándolas.

Hoy, como tantas veces,
inopinadamente vuelven a mi memoria.

Su regreso me llena de alegría y, por fin,
las admito sin trabas en mis versos. Gustoso,
les doy la bienvenida al cuaderno en que escribo
y las dejo que aquí, sobre esta página,
canten y salten todo lo que quieran.

Bajo el árbol

Bajo la acacia vieja y tutelar,
risas de niños, gritos de sus juegos.
A través de las hojas se abre paso
la luz del día
y delicadamente se entremezcla
con los hilos, las telas y las manos
de las mujeres que en la sombra cosen
y conversan o cantan.
Y en torno el campo puro bajo el sol,
la inmensidad dorada de rastrojos
vibrante de cigarras,
tachonada de encinas que no quieren
saber nada del mundo ni de nadie.
Sucedió aquel momento inextinguible,
el bullir poderoso de la vida.
¿Por qué cayó después tanto silencio,
tan para siempre, tan irremediable,
sobre la acacia con sus gorriones,
sobre todos nosotros?

Con un gran trecho del camino andado

A estas alturas, nadie —ni yo mismo siquiera—
podría ya quebrar ni desdecir
aquel sueño que tuve cuando era adolescente
y en el que desde entonces ha estado sustentada
por entero mi vida, un sueño que, en el sueño
del existir, razón de ser me ha dado
y hoy es regazo y júbilo.

Soñó
el joven soñador que en mí habitaba
con alguien que era él mismo al cabo de los años,
muchos años (su pelo, blanco o gris),
y que hacia atrás miraba meditando conforme
—hasta donde es posible hacerlo sin jactancia
y sin los subterfugios de la falsa humildad—
en la labor que había con amor realizado
a lo largo del tiempo.

Esa ocasión
entrevista en el sueño es la que vivo ahora,
la que esta tarde ocurre. Y la tarea
en la que meditaba el hombre imaginado,
el que he llegado a ser, es la que ha sido
más hondamente mía: este trabajo hermoso
de encontrar las palabras verdaderas
—inconfundibles en su ser, pues siempre
nos hablan desde dentro de las cosas—;
las que a su modo dicen el misterio que entraña
cuanto alienta y se afirma;
las que con claridad de agua o cristal pronuncian
la alegría y las lágrimas del vivir y se posan
temblando en el papel, junto a la música
con la que van naciendo.

Sé muy bien
que no fui yo quien hizo los poemas
que en mis libros figuran. Fueron ellos
los que a mí me crearon, los que han ido

poco a poco tejiendo el nombre que me nombra,
la identidad que tengo.

Y aunque tan solo soy
quien con el alma en vilo ayudó como pudo
a que su luz posible aconteciera,
cuánta satisfacción siento en mi pecho
ahora que anduve ya gran parte del camino,
qué compasivo el mundo y qué deseo
de seguir en la brecha mientras la vida dure,
para que el sueño aquel que soñé de muchacho
hasta el final se cumpla.

Entra marzo

No me cabe en el cuerpo la alegría
de que por fin haya llegado marzo.
No sé qué hacer con ella; sobra tanta
que hay para dar y repartir. Acaso
la desmenuce en migas de pan tierno
y se la eche a los pájaros.

Balada de un vivo recuerdo

Dueño del mundo fui,
porque unos ojos jóvenes, los tuyos,
enamorados me miraban.
Era en el tiempo en el que todo era
otorgada verdad, asombro y sueño:
días de sol hermoso y de noches con luna.

Al pensarte aún escucho
las trémulas palabras que solías decirme
cuando el amor hablaba para mí por tu boca.
Y entreveo a lo lejos
tu confiada sonrisa, que por mi culpa, a veces,
se transformaba en lágrimas.

Ya es cosa del pasado casi la vida entera.
Haber tenido mucho no es alivio
si el presente le tiende a nuestra sed un vaso
lleno tan solo de melancolía.

Y qué dolor tan dulce tu recuerdo,
qué piadosa indigencia.

Haber vivido

Haber vivido en este mundo hermoso
inspira confianza. ¿Quién que tenga
cierta experiencia del vivir dirá
que todo fue un engaño? Si escuchaste
al jilguero cantar cuando eras niño,
si has tocado la luz, si conociste
el amor y el dolor, viste la luna,
te dio su sombra un árbol, caminaste
solo o con alguien junto al mar o un río,
sabes de sobra que es verdad la vida
y que somos misterio, que es misterio
cuanto ha existido, o es, o existirá.
También, que aquí te encuentres y que un día
—un día milagroso como todos—
digan que te has marchado y aún se escuche
tu canción a lo lejos.

Antes del nombre

(2013)

Perplejidad

Con lento pie anduviste por mi vida,
dolor de aquellos tiempos,
y nunca terminabas de pasar.
Días que eran la noche,
años empantanados en las aguas
de un presente ofuscado y sin salida.
Perplejo aún, puedo afirmar ahora
que al fin no te marchaste,
ni te apagaste porque te extinguieras,
sino que por amor, por gracia pura,
fuiste transfigurado
en alegría misericordiosa
sin que yo en un principio lo advirtiese.
¿Cómo pudo ocurrir aquel prodigio
de que al llegar a un punto, a tal momento,
tú ya no fueras tú
y fueras justamente tu contrario?
Qué enigmático es todo, qué aventura
esta ignorancia ciega del vivir.

Hilo de oro

Une entre sí la luz todas las cosas
con un hilo de oro.
Y a mí mismo me incluye;
me toma alegremente cada día
y me hilvana con ellas.
Lo puede ver cualquiera que se quede
de vez en cuando a solas
y con sosiego mire:
no es el aire, es la luz la que nos suma
a todos con el todo.
El árbol me conoce,
saben de mí la nube y la montaña,
el gorrión, septiembre.
Y yo los reconozco emocionado,
y los dice mi boca.
Formo parte del mundo y estoy vivo.
Soy uno más, por suerte,
en la gran cofradía de la luz.

En el árbol del tiempo

Para escuchar el canto del jilguero
vine yo al mundo.
Lo escuché en la niñez —como ya dije
en otros versos míos—,
y allí mismo aún lo oigo.
En mi carne resuena y con mi sangre gira.
¿Cómo es posible que algo como eso,
tan frágil y tan puro, tan de nadie y de todos,
pueda estar en la vida, ser la vida,
que exista un bien tan grande y para siempre?
En el principio de mi ser lo oí
con embeleso, aun sin saber entonces
lo que era aquella música ni lo que en sí llevaba.
Más cerca hoy del final que del comienzo,
puedo decir sin duda que en ese trinar iban,
desde el origen mismo de las cosas
—no como emblema, como enigma o símbolo,
sino en verdad completa, por entero—,
la luz que yo he vivido y el amor que no acaba,
la alegría que tuve,
junto al dolor y su misericordia,
la incertidumbre y toda esta certeza
que al cabo me sostiene.
Sí, dejadme, dejadme que lo escuche,
que el silencio que tengo no se rompa.
No hay misterio más hondo que aquel pájaro
y su canto que vibra en el árbol del tiempo.

Luci

Esta muchacha estuvo entre nosotros.
Y tan maravillosa criatura,
como todo lo más intenso y vivo,
pudo hacernos pensar que eran de aquí
—cosas de aquí, sujetas a la vida
y en peligro de pérdida—
su sonrisa, sus ojos, sus palabras.

Estuvo entre nosotros
y fue hasta el fin y siempre para mí y para tantos
una hermosa y dulcísima costumbre.

Hoy de golpe la muerte
—eso que llaman muerte— nos revela
que la luz que lucía en su ser y en su nombre
no era el brillo de un halo quebradizo,
don caduco del mundo o regalo del tiempo,
sino amor sin origen,
verdad perenne y pura que no muere
y que eterna refulge.

La tormenta y Patroclo

Mientras descarga una tormenta enorme
que refulge incesante y transfigura
estos lugares míos cotidianos,
yo releo en la tarde la *Ilíada* y miro el cielo
desde el silencio de mi habitación.
Está el balcón abierto. Paso a paso,
parece que el otoño se aproxima.
Y anda allí arriba Zeus, que en el rayo se goza,
haciendo de las suyas: ha reunido
copiosos rebaños de nubes con guedejas
muy negras y muy grises, y los mueve deprisa
de un sitio a otro con sus truenos súbitos
y su látigo hermoso de relámpagos.
Para mis ojos, qué regalo inmenso.
Sin embargo, aquí abajo, en este libro
que tengo entre las manos, sobreviene
un suceso terrible: la muerte de Patroclo,
amigo inseparable y camarada
del desdichado Aquiles, el de los pies ligeros.
Malherido en un lance anterior del combate
entre la hueste aquea y la troyana,
sus momentos postreros se precipitan ahora:
ante mi compasión y mi estupor,
le da alcance de lleno con su lanza insaciable
el esforzado Héctor, y la vida se escapa
irremediablemente de este cuerpo tan joven.
En mi pecho se mezcla el alborozo
de la tormenta con el sufrimiento
de los viejos hexámetros, transidos
de emoción muy profunda y de intemperie amarga.
Y así, yendo y viniendo una vez y otra
del júbilo que llega de lo alto
al dolor de esta muerte, ha pasado la tarde.
Comienza a anochecer. Y cuando apenas
queda ya alguna luz, cierro el balcón y el libro.

Leyenda

Dentro de un sueño acaso, y hace ya mucho tiempo,
en un país remoto en el que era
todo posible y verdadero todo,
un hombre allí llegado por azar aparente
—¿sabré escribirlo, lo podré decir?—
se vio de pronto en manos del destino.
Existió una mañana de comienzos de junio
sin principio ni fin, única, ajena
al fugaz parpadeo de las horas.
Una lluvia menuda matizaba
la liviandad del aire en una alta ciudad.
Ahora de nuevo ocurre esa mañana
que ya ocurrió, que en este mismo instante,
inextinguible, empieza.
En su transcurso quieto
no hay un encuentro fortuito: hay,
al cabo de los siglos, solo un reconocerse
repentino y profundo de una mujer y un hombre
en el origen puro de las cosas,
en la verdad que un día determina
que dos seres se acerquen y refuljan.
Palabras nunca dichas del amor,
brotando en esa luz por vez primera;
fragilidad y abismo del abrazo,
contra el que nunca nada prevalece.
¿Fue el don inacabable un dulce obsequio
de la fuerza que mueve el sol y las estrellas
a quien rendidamente, y siempre, quiso
servirla, celebrarla?
Él así lo vivió,
con emoción muy grande, y fervor, y alegría.
Hace ya mucho tiempo, mucho tiempo
—un tiempo de leyenda—, dentro de un sueño acaso.

En lo oscuro

Que se alce de ti un canto
en la hora hermosa y fúlgida.
Pero también que de tu adentro brote
en el trance terrible y más amargo,
cuando tus manos palpen en lo oscuro
el lodazal del fondo.

Busca tu voz entonces;
búscala, y canta.

Ese es el himno puro,
un canto que no es música,
que no tiene que ver con la alegría,
con el sollozo ni con la plegaria.
Vibra como un cristal delicadísimo
y es solo aceptación.

Quién lo diría

(2015)

Un vaso de agua

Qué suceso increíble:
llené un vaso de agua y lo alcé hasta mi boca.
Era ya media tarde. Me había detenido
cerca de una ventana, aquí, en mi casa,
en este día tan claro de febrero.
Llegó el vaso a mis labios
y en ese mismo instante lo atravesó de pronto
un haz muy apretado y muy intenso
de luz del sol poniente.
Cuántos asombros. Todo rompió a arder
con lumbre limpia y mágica:
el agua y el cristal, el cuarto entero,
mis ojos y mis manos y mi vida.
Sin dar ni un solo paso estuve en todas partes.
No sé cómo decir lo que ocurrió,
cómo expresar que sucedieron siglos
de redención y bienaventuranza.
Oro licuado y tembloroso el mundo,
astilla viva yo de un súbito diamante.

La cosecha

¿Acaso tendrá sitio en mi estupor
tanta verdad,
verdad que es hermosura?
Yo solo soy un hombre, y es inmenso
este trigal de espigas luminosas.
No es posible segarlo sin ayuda,
ni trillar y aventar muy bien la parva
y asegurar después en los graneros
los repletos costales.
Hay que ponerse manos a la obra,
no vaya a ser que al terminar agosto
aún tengamos faena...

Pero ¿qué ocurre ahora?
No se puede creer lo que sucede:
antes de que empezara
a trabajar de veras
ya no hace falta nadie que me asista
ni resulta mi esfuerzo necesario.
He abierto bien los ojos
y se va entrando en mí, que miro incrédulo
—por propio impulso suyo—,
la riqueza madura que había visto
mecerse bajo el sol,
sin que ni un grano falte.

Y ahí dentro se transforma, y es al fin,
en el limpio pulmón de la alegría,
canción, ofrenda, aire de gratitud
que hasta el nombre que tuve me ha borrado.

Así me voy muy lejos
por los valles y montes de la vida,
sin noticia ninguna de mí mismo.

Aquellos años

Olor de aquellos años de mi infancia,
olor en blanco y negro,
que a mí no me impedía respirar lo absoluto.
Impregnaba de un modo la ciudad
que está dentro de mí y no acierto a decirlo.
Era un olor, no sé, pequeño y provinciano,
de oficios muy antiguos, de talleres oscuros.
Estaba todo entonces un poco viejo y roto,
manga por hombro y desgastado por la vida.
Lo único que olía siempre a nuevo
era la luz del sol cada mañana.
Al caer en mi barrio redimía sus calles
y tocaba las cosas a fondo, una por una,
con dulzura y piedad.

Insistencias

He hablado con frecuencia
de la luna, del alba y de la lluvia,
de las tardes de agosto o de febrero,
de las muchachas y de tantas cosas.
Pero siempre que vuelvo a alguna de ellas
la respiro en su origen.
Y me gana el deseo de expresarla,
de decir su inocencia,
el temblor primigenio que germina
irrepetiblemente ante mi asombro.
La realidad se mueve, cambia, brota
de su propia sustancia a cada instante.
¿Cómo podré callarme este crepúsculo
que está ocurriendo ahora?
El único en verdad que mis ojos han visto,
el primero y el último.
Mientras sucede, siento
su mágico trasiego de púrpura y jazmines,
la avalancha imparable de la vida.

Inoportunamente

Ya mediado septiembre, al caer las tardes,
cantan los mirlos como si estas fueran
en todo iguales a otras que han pasado.
Cantan alegres, sin tener en cuenta
que el verano se acaba y deberían
no cantar o, si acaso, que sus silbos
tejieran en el aire una elegía.

Sin hacerse notar

Desde su día primero
nos parece el otoño el fin de algo,
no el comienzo de nada.
Se asienta entre nosotros con mucha lentitud,
ajeno al boato y a la altanería,
y aprendemos a amarlo
por el modo que tiene de no hacerse notar
con el ímpetu propio del que llega,
por las discretas formas que muestra al ofrecernos
sus dones empañados de rocío.
El adiós que aparenta decirnos se prolonga
en días aún dorados, llenos de golondrinas,
o en íntimas jornadas escritas por la lluvia,
borradas por la niebla.
Y cuando lo sentimos ya muy nuestro
y hasta pensamos que nos necesita,
se aleja sin ser visto.
En verdad no se acaba,
aunque desde el comienzo semejara un final.
Nadie lo ve marcharse;
se evapora, se esfuma
en su silencio y su casi tristeza.
Desaparece no sabemos cómo,
y el arrogante invierno, cuando irrumpe,
toma sin lucha posesión de todo.

El invierno

El invierno está en mí. Ya no lo evito
y lo dejo acercarse. Hay que atenderlo,
escucharlo despacio, que nos cuente
sus historias tan viejas, que nos diga
con las limpias palabras de su idioma
una tarde de lluvia o de sol frío,
una noche con nieve, una mañana
gélida junto a un fuego que sus manos
—para que entremos en calor un poco—
encienden en el bosque con destreza
mientras nos habla. Y el desasosiego
que en principio uno siente ante sus formas
y el gesto de su rostro adusto y grave,
desaparece al ver cuánta ternura
y cuánto amor, lo mismo que cualquiera,
bajo su capa esconde.

La llovizna

Estar allí otra vez, en la mañana
de principios de junio,
andando de tu mano
por la gran plaza, en la que cae ahora
una leve llovizna.
Se desplazan solemnes por el cielo
las grandes nubes, y de pronto se abre
aquí y allá algún claro de oro vívido
en la vieja ciudad de las alturas.
Vienen y van las gentes
de sus quehaceres hacia sus asuntos
y no nos ven siquiera.
A nuestro lado indiferentes pasan;
qué saben de prodigios.
Bajo el paraguas gira nuestro mundo,
solamente por ti y por mí habitado.
Estar allí de nuevo,
en la mañana aquella.
Tus labios rojos en el aire gris,
y, entre risas, tus ojos que en lo oscuro
reflejan un relámpago.

Crónica

Nada ha pasado hoy, y, sin embargo, cuánto.
Es 5 de febrero y estoy desde hace días
aquí, en mi casa de la playa, a solas.
No hay nadie en ningún sitio; hay un silencio grande
que tanta soledad subraya y profundiza.
Me levanté a las 8 y salí a la terraza.
El sol había ya encendido algunos
retazos del jardín: las copas de los árboles,
ese rincón del césped, la blancura
de la pared aquella. Dos estorninos negros
cantaban con fervor y muy deprisa,
empeñados sin pausa en dar alcance
a las premuras de sus propios silbos.
Leí durante un tiempo, y retoqué un poema
que hice ayer mismo. A eso de las 12,
según vieja costumbre, caminé unos kilómetros
por la orilla del mar, que ahora, en invierno,
tiene un color distinto cada día:
turquesa, añil, gris plata, azul cobalto.
Comí, descansé un poco, y fui ascendiendo luego,
bajo la mano de ámbar de un sol delicadísimo,
hasta la cima de unas altas rocas,
a cuyos pies las olas tejían sus espumas
con desgana y renuncia. Me senté entre las piedras,
en un hueco abrigado como un nido,
a contemplar la vida con los ojos abiertos
y a cavilar a ratos con los ojos cerrados.
Qué momentos inmensos. No podría
pagarse este oro tibio de la tarde invernal
ni aunque diera uno a cambio todo el oro del mundo.
Existir, comprender, es esto solo:
estar ante el misterio bien atento,
mirar todas las cosas y oír lo que nos dicen,
saber que en ti se cumple cuanto ves, cuanto escuchas.
Cae la luz en mi piel, entra en la carne
y avanza por ahí dentro hasta llegar al alma.
Transcurre así la tarde, en el remanso
de este silencio unánime que en realidad no es
silencio, sino cántico.

La rama verde

(2020)

Luna de cuándo y dónde

¿Dónde ocurre esta luna,
en qué momento, en qué noche del mundo?
Han pasado años, siglos,
desde que un día mis ojos la supieron
y hoy cae su luz aquí por vez primera.
Qué silencioso hallazgo de alegría,
de intimidad secreta a cielo abierto.
Es la misma de entonces,
la que toqué de niño con mis manos
y descendió a mi pecho y me hizo suyo;
la que habrá de venir, la primigenia.
La miro con el gozo
del que todo lo ignora de la muerte,
del que respira y canta.
Han pasado años, siglos, y ahí fulgura,
en qué centro sereno de mi asombro.

Date prisa

Te miro ir y venir por estos versos.
Aún estoy en la cama.
Son apenas las 8 y hace frío.
Oigo cantar los gallos.
Amanece.
Date prisa, me dices;
no tardes, date prisa.
Pero yo todavía permanezco
unos minutos bien arrebujado
entre las tibias sábanas.
Me levanto por fin y desayuno,
adormilado y torpe,
mientras se deshilacha en mis adentros
algún sueño reciente.
Después me lavas cara y manos rápida,
me peinas con cuidado
y me pones un poco de colonia.
Veo tu rostro, madre, en el espejo.
(Tengo seis años, o algo más tal vez;
mi padre ya ha salido de la casa,
camino del trabajo.)
Me dices, date prisa, y me sonríes.
Yo también te sonrío en el cristal.
Me pones el abrigo
y nos vamos corriendo hacia el colegio.
El niño confiado
que aparece contigo en estas líneas
te mira en el espejo para siempre
y no sabe que un día morirás.
Pero el que escribe ahora sí lo sabe.
Y conoció ese día.

Cartas de Ultramar

Pasaron a las Indias
en los primeros tiempos coloniales
y en su gran mayoría no regresaron nunca.
Gentes de estado, oficio y condición muy varios,
iguales en el sueño
de mejorar sus vidas en las tierras remotas
que España conquistó con la cruz y la espada.
Partían con lo puesto casi todos
y allí medraron muchos y muchos sucumbieron.

Leo esta tarde un libro que recoge las cartas
de algunos de estos hombres a los seres queridos
que habían dejado atrás. Cuánta emoción contienen.

Después de un largo día de trabajos
—ya próxima la noche—,
este toma recado de escribir
y moja ahora la pluma en la melancolía.
Se dirige a sus padres y les dice
que siempre los recuerda, que de nada carece
aquí, en su nueva vida; a Dios gracias, las cosas
le ruedan bien al cabo,
tras mil y un infortunios padecidos.
Quizá, mientras redacta,
dentro del corazón se le dibujan
con portentosa nitidez las calles
de su pueblo, el pozo aquel que estaba
bajo la sombra grande del nogal, y los muros
de su casa de niño, enjalbegados,
en los que al sol de puesta
tanto le complacía demorarse.

Pregunta otro en su carta
por los hijos que allá, cuando él se fue, quedaron
muy pequeños aún.
Al poco de ausentarse,
tuvo noticia epistolar terrible
de que el mayor murió de unas fiebres tercianas.
Era el que quien escribe más quería.

Son numerosos los que a sus mujeres
les remiten misivas quejumbrosas,
rogándoles que acudan a su lado,
que desechen el miedo que tienen de embarcarse
y se atrevan a hacer la travesía
—con la prole también, según los casos—,
para que al fin de nuevo puedan vivir unidos.
Nada habrá de faltarles si llegaran:
ni casa confortable y buen yantar, ni ropas
aparentes o manos serviciales
de las dóciles indias que en los repartimientos
les fueran otorgadas.

Hay un tal Antón Sánchez,
natural de Sevilla y asentado en El Cuzco,
que le escribe a la esposa —1590—
y empieza así su carta: «Mujer mía
de mi vida...».
El ser entero pone
en lo que va escribiendo.
Todo el idioma tiembla en sus palabras.

Hablo aquí del comienzo

Es ahora el momento de volver al principio,
de hablar de aquel comienzo,
porque si no ya cuándo. Aunque debo decir
que cualquiera que lea como deben leerse
los versos que a lo largo de tantos años hice
advertirá enseguida
que jamás traté en ellos de ninguna otra cosa.
Si escribes un poema y no es de amor,
más vale que no escribas o que rompas lo escrito.
Lo que diré no es ni siquiera un recuerdo:
presente puro y vivo, carne mía,
parte esencial del ser que en mis adentros
sabe quién fui, quién soy.
Era septiembre, el día en que arrancaban
en la universidad nuestros estudios.
Nos reunieron allí para informarnos
de compromisos y de obligaciones.
Un profesor perfectamente serio
peroraba, incansable, de esto y de lo otro,
de un tiempo decisivo en nuestras vidas.
Yo, al entrar en el aula, te había visto.
Vi tus ojos azules a lo lejos.
Estabas en las filas primeras de la estancia
alargada e inmensa. Aparecías
y desaparecías de pronto entre la gente.
No terminaba nunca, pero al fin terminó
el sermón pedagógico del hombre cejijunto
y todos nos salimos del recinto atestado
a escape, a borbotones,
para llegar al patio y a la calle.
Y en medio del barullo te perdí.
El hecho me inquietó. Menos mal que en la nueva
jornada te encontré y la luz se hizo.
Según iban pasando las horas, nos hablaban
de griego o de latín,
de geografía y de literatura,
de historia universal o de historia de España.
Dejadme a mí de historias. Si tú estabas allí,
lo demás era poco.
El caso es que empezamos a charlar

al final de una clase de sintaxis.
Aquello fue lo único
que ese día ocurrió en el universo.
Te dije que era absurdo
aprenderse los nombres de las frases,
de las partes distintas en las que se dividen;
lo que vale es saber hacerlas sin tropiezos,
como el que bebe agua.
Te expuse mis razones muy circunspecto y grave,
y tú te sonreías porque sí.
Contemplaba tus ojos, tu figura.
El alma me temblaba, me temblaban las piernas.
Y desde las sonrisas te alzaste hasta las risas,
como si lo que oías tuviera mucha gracia.
Y la tenía, sí, qué duda cabe.
No mis oportunistas argumentos lingüísticos,
sino la hermosa vida, la mañana
con sol, con blancas nubes...
Y las tardes y noches que irían sucediéndose,
delicadas, salvajes,
impropias de estudiantes aplicados,
pero siempre tan llenas del calor de tu cuerpo,
de tu piel tan suave y tus dulces palabras.
Tenías solo dieciocho años.
Eras alegre y rubia, de ojos garzos bellísimos.
Yo era ya algo poeta por entonces.
Leía a Garcilaso y a Machado,
a Neruda, a Vallejo, al 27,
y mucho a Juan Ramón.
Pensando en ti, volvía fervoroso
a los versos de amor que ellos habían escrito,
y para mí decía: «Cuánta verdad contienen;
quién pudiera».

La llama

Si yo te hubiera dicho;
si tú hubieses oído...

Pero no pudo ser, no puede ser.
Y tampoco es preciso
evidenciar la llama, verla arder.

Alienta pura y su existir nos basta.
Solo en lo más secreto de tu pecho y el mío
—a salvo en lo más hondo, sin palabras—,
la sabemos los dos,
dentro del alma:
esa oquedad tan llena de nosotros
donde vibra la vida, donde el silencio canta.

Olor a junio

Es un día de junio, y amanece.
Hace un frescor que arropa, casi un frío
que acaricia la piel.
Transcurre lo que miro lento y rápido.
El cielo, que era oscuro y con estrellas,
tiene un color violáceo que se torna
azafranado, púrpura.
Y hay en todo un olor indefinible
que me arrastra muy lejos. Yo no sé.
Aroma que es visión y me devuelve,
solo por un instante,
a ciertos días de mi adolescencia.
Era junio también. Amanecía.
Me despertaba, a veces, de tanta inmensidad:
aquel amor primero.
Abría la ventana de mi cuarto
y contemplaba el alba.
Respiré allí el olor que ahora respiro:
a luz y a ensoñación,
a irrealidad real y a toda la alegría.
Y albergaba mi fe la certidumbre
de que un poco más tarde,
cuando fuera creciendo la mañana,
iría por la calle junto a ella.
Aún oigo las palabras que me dice y le digo,
aún escucho su risa, alcanzo a ver
el brillo de sus ojos.
Hablamos, caminamos, y nuestros pasos leves
se desvanecen luego sin un porqué, se borran.
Pero este olor de junio me ha entregado de nuevo
aquella eternidad. Olía como hoy,
como este amanecer que va entreabriéndose.

Reencuentro

Hoy que vuelvo a la vida
y piso con pie firme este camino
que me conduce adónde,
entre toda la gente que va y viene,
por gracia del momento veo llegar a mi madre,
qué mañana tan clara, hijo mío, por fin
te he encontrado y te tengo,
por qué nos separamos
tan de repente, en qué lugar confuso
te solté de mi mano y te marchaste,
andabas muy deprisa y te dije o me dije,
por qué creciste, niño,
pero tú no me oías, porque ya estabas lejos,
y pasaron los años y al cabo, un día cualquiera,
ocurrió mucha sombra,
qué cosas tan extrañas nos suceden de pronto,
tal vez soñamos, hijo,
ahora te escucho, madre, mira, mira,
todo está a nuestro alcance, todo se alza
como ayer y mañana, igual que nunca y siempre,
qué raro es existir,
quizá habitamos en un soñar perdurable,
aunque más bien parece esta mañana
que los dos respiramos un nacimiento nuevo,
déjame que te abrace, madre, deja
que camine contigo por tu vivir y el mío,
y dime, si lo sabes, por favor, dímelo,
cómo traes en los ojos, viniendo de la noche,
toda la luz del mundo.

Dejo la puerta abierta

Para vosotros, que vendréis al mundo
cuando yo me haya ido,
escribo este poema.
No sé; tal vez un día,
gracias a los azares que entreteje
la vida a cada instante,
os traerán vuestros pasos hasta él.
Dejo su puerta abierta por si acaso
y empiezo a imaginar como certeza
lo que es tan solo un sueño.

En mi poema puede verse el cuarto
en el que escribo hoy. Entrad, entrad
con toda confianza,
a pesar de mi ausencia.
Y aproximaos al balcón. Transcurre
una tarde hermosísima
de finales de agosto.
Después de tantos días implacables
de luz arrasadora,
el tiempo ha dado un giro inesperado.
Son una bendición para los ojos
estas horas distintas. Se diría
que anda de retirada ya el verano.
Da pena despedirlo
(todo lo que se va nos duele al irse),
pero el cambiar también es alegría.

Por momentos están amontonándose
nubes negras y grises en el cielo
y el viento las trajina y las sojuzga
sin miramiento alguno.
La tarde se oscurece más y más.
Y al fin rompe a llover. Qué maravilla.
Llueve con fuerza, a ráfagas violentas,
y las fulguraciones enlazadas
de incesantes relámpagos
abren paso a los truenos,
que tropiezan y ruedan allá arriba
con estruendo imponente.

Mirad y oled la lluvia,
disfrutad de esta tarde en la que no
podremos estar juntos.
Sabed que la escribí con regocijo.
Y que pensé en vosotros.